

de se revela la ternura del amigo cristiano y el celo del apóstol. «Cuanto mas pronto empeceis, le dice, mas pronto »aprendereis; predicad á menudo, que es lo único que se »necesita para ser maestro. Vos podeis y debeis hacerlo: »Dios lo quiere y los hombres lo esperan; en ello está »la gloria de Dios, en ello está vuestra salvacion. Ani- »mo, Señor, y valor por el amor de Dios. Nada hay im- »posible al amor. Nuestro Señor no preguntó á San Pedro: »¿Eres sabio ó elocuente? al decirle apacienta mis ovejas: »*Pasce oves meas*; sino: ¿Me amas? ¿*Amas me?* Basta amar »mucho para hablar bien.» Despues de haber escrito tan bien sobre la predicacion, el santo prelado ruega al Arzobispo no enseñe su carta á otros. «Porque he tenido ver- »güenza al volverla á leer,» le dice, y le ruega al mismo tiempo le perdone la libertad de su lenguaje. «¡Dios mio! »añade, ¿qué diréis de mí, que os trato con tanta fran- »queza? El amor no puede callar en lo que interesa á lo »que se ama: os he prometido fidelidad, y á un servidor »fiel y apasionado se le toleran muchas cosas.»

El Arzobispo de Bourges era digno de este santo amigo, y se experimenta un placer grande oyendo hablar á los dos de sus mútuas relaciones. «No me preocupa absolutamente »la consideracion, decia el Obispo de Ginebra al presi- »dente Fremiot (1), de si soy menos que él ó si él es mas »que yo en alguna cosa: *Amor æquat amantes*, el amor hace »iguales á los amantes. Yo le hablo con toda la confianza »que mi alma puede tener en otra que considero como la »mas franca, sincera y firme en amistad. He reconocido en »Monseñor de Bourges una bondad de espíritu y un cora- »zon tan natural, que me han determinado á hablarle con »una libertad tan grande, que no sé quién ha tenido mas »sencillez, si él en escucharme, ó yo en hablarle. Nues- »tros deseos de servir á Dios en su Iglesia, se han aumen- »tado y reanimado con nuestro conocimiento.»

El Arzobispo de Bourges, por su parte, se complació

(1) Carta LXIII.

en celebrar la hermosa alma de su santo amigo, hasta es- citar las quejas de este, que se encontraba pintado *con colores con los cuales*, decia, *su pobre alma no estuvo jamás teñida* (1).

El presidente Fremiot, que participaba de todos los sentimientos de su hijo hácia el santo Obispo, reclamó tambien sus consejos, pero con otro objeto, y era sobre el modo de prepararse á la muerte. El digno amigo, dejando, segun su espresion, correr la pluma y seguir sus pensa- mientos para contestar á un deseo tan piadoso, le reco- mienda en primer lugar la limpieza del alma: «Porque, »dice, así como Abraham empezó por lavar los pies de sus »huéspedes, es necesario que lavemos nosotros nuestra »alma, para recibir luego la hospitalidad de nuestro Dios »en su paraíso.» En segundo lugar, le recomienda el des- prendimiento de todas las cosas del mundo; porque, segun dice, la separacion debe ser preparada con mucha antici- pacion; es necesario despedirse voluntariamente del mun- do, retirar poco á poco su corazon de las criaturas, y á medida que se desprende de ellas, trasportarlo al cielo. En tercer lugar, añade, se requiere el orden en todos los ne- gocios, siendo preciso estar siempre pronto á partir con tranquilidad; de donde deduce la necesidad de escoger cada dia una hora para preguntarse: «¿Qué orden quisiera »haber puesto en mis negocios si debiera morir esta no- »che?—Sé, continúa, que el pensamiento de estas cosas no »tiene nada de nuevo para vos, pero conviene recordarlo »de un modo nuevo, en presencia de Dios, con una tran- »quila atencion, y mas para mover el corazon que para »ilustrar el entendimiento.» Y despues de haber aconse- jado la lectura del hermoso tratado de San Antonio sobre la *Felicidad de la muerte*, y la de San Bernardo sobre la *Casa interior*, termina con estas humildes palabras: «He »ahí las aguas que, aunque salen de la quijada de un asno, »no dejará Sanson de beber de ellas.»

(1) Carta LXIII.

Todas estas correspondencias no impedían al santo Obispo ocuparse activamente del gobierno de su diócesis, y prepararse para la visita que se proponía hacer. En medio de estos grandes trabajos fueron trascurriendo los días hasta el mes de febrero de 1605. Entonces dejó á Ancey, para ir á predicar la Cuaresma en la pequeña ciudad de la Roche. Su nombre era amado en este lugar por mas de un título; habia estudiado allí los primeros elementos de la gramática en los días de su infancia; y aún no hacia tres meses que un habitante de la ciudad, muy versado en las letras humanas, habia hecho de él un público y magnífico elogio, en el que prodigaba á su héroe las flores de la retórica. Esto fué con la ocasion de un colegio que quería fundar en esta ciudad, y considerando que no podia buscar mejor recomendacion para hacer florecer el nuevo establecimiento que el nombre de tan grande Obispo, le elogió en su discurso de apertura como el protector de las musas, el Mecenas de los amigos de la literatura, el mas sabio y el mas perfecto de los hombres, sin desigualdad, sin debilidad, siempre dulce y tranquilo; el tipo maravilloso de los mas ricos talentos del espíritu y de todas las virtudes morales y cristianas (1).

El santo Obispo se dedicó con tanto interés á esta pequeña poblacion como lo habia hecho á las mas grandes ciudades; predicó con todo el ardor de un apóstol, sin encontrar en sus fatigas ninguna razon para moderar el rigor de sus ayunos; y este grande hombre, que se habia hecho admirar en la corte de Francia, en París y Dijon, evangelizó con un placer igual, si no mayor, á las almas humildes y sencillas de esta pequeña ciudad, como nos lo manifiesta él mismo en una carta escrita al terminar su predicacion.

«Vengo, dice, del lugar de mis delicias, donde he enseñado á un pueblo dócil, humilde y devoto. De ordina-

(1) De Cambis, t. I, p. 542.

rio, en las grandes ciudades no se ve mas que orgullo y ambicion, particularmente entre los grandes, que se envanecen y les gusta figurar; pero esta buena gente escucha atenta y cuidadosamente la divina palabra, y como están rescatados con la sangre de Jesucristo como los mas grandes monarcas, no puedo hacer de ellos otra diferencia que la de mas ó menos gracia.» (1) Sus instrucciones eran familiares, pero llenas de fuerza y unción, procurando hacer resaltar en ellas, por un lado la fragilidad de la vida y la falsedad de los bienes de este mundo y por otro la grandeza de los bienes eternos y la necesidad de no hacer desgraciado un estado que debe durar siempre; de donde deducia lo urgente de la perfecta conversion. Su alma se consagraba toda á este ministerio, y ninguna otra propia ocupacion podia apartarle de él, hasta el punto de que habiendo sabido un día, en el momento de subir al púlpito, la muerte de una persona que amaba tiernamente, puso al pie de la cruz la carta que le traía esta noticia, y fué á predicar con la misma libertad de espíritu que si no hubiese sabido nada desagradable (2). Además de la predicacion, el santo Obispo confesaba á los que se presentaban á su tribunal, y escuchaba con particular placer á los mas miserables y repugnantes. El martes y viernes de cada semana iba á visitar á los enfermos de la parroquia, sobre todo á los mas pobres, y la unción de sus discursos les daba fuerza para soportar cristianamente sus enfermedades (3). Los lunes y jueves tenia una conferencia á la que eran convocados los canónigos, curas y demás eclesiásticos de los alrededores: allí les esplicaba teología moral aplicándola á los casos de conciencia mas prácticos; les enseñaba las ceremonias de la Iglesia; escuchaba con bondad sus dudas, las resolvía con claridad, y terminaba la sesion con una alocucion sobre el espíritu del sacerdo-

(1) De Cambis, t. I, p. 544.—De Maupas, p. 253.

(2) Dep. de Pedro Gros.

(3) Año Santo de la Visitacion, 25 de febrero.

cio, que se oía con tanto mayor interés, cuanto que su boca hablaba por la abundancia de un corazón penetrado de lo que decía, y no pedía de los demás nada que él mismo no practicase (1). Algunas curas se desdeñaron de asistir á estas piadosas entrevistas, como si hubiera sido rebajarse hacerse discípulos de tan gran maestro; y tal fué la bondad del santo prelado, que no concibió por ello ningun disgusto, y solo se limitó á rogar á los sacerdotes de la conferencia, se valieran de todos los medios de insinuación para incitar á sus compañeros á que se asociaran á ellos (2).

¡Cosa notable! en medio de tan grandes trabajos, el santo apóstol no dejó nunca ni de hacer cada día sus ejercicios espirituales y de rezar su rosario (3), ni de recibir á los pobres que iban á pedir limosna á su puerta. Entre estos se encontraba un sordo-mudo de nacimiento, llamado Martín, hombre de una vida muy inocente, bastante hábil, y que no tenía otra industria para vivir que los oficios bajos en las casas que querían ocuparle. El hombre de Dios, compadecido de su miseria y notando además que sabía esplicarse bastante bien por señas, y entender lo que se le decía, concibió el pensamiento de admitirle en el número de sus criados. ¿Para qué quereis esa carga? le dijeron; este hombre no os va á servir para nada. «Me serviré», contestó el santo prelado, para practicar la caridad; «pues cuanto mas le ha afligido Dios, mas debemos nosotros compadecernos de él. Si estuviéramos en su lugar quisieramos que se condujeran así con nosotros.» En su consecuencia le recibió entre sus criados, en cuyo puesto le veremos mas tarde, siendo el objeto de la mas tierna caridad de su buen amo. Él por sí mismo, á pesar de los trabajos de la Cuaresma, quiso instruirle en la doctrina cristiana, y á fuerza de pacientes y hábiles lecciones obtuvo

(1) Año Santo de la Visitación, 24 de marzo.

(2) Dep. de Bonien.

(3) Dep. de Pedro Gros.

tan buen resultado, que pudo admitirle á la comunión pascual (1).

La Cuaresma, predicada con tanto celo, acompañada de tantas buenas obras y santos ejemplos, produjo los mas felices frutos. Los pecadores se convirtieron; los que eran buenos se hicieron mejores; y la parroquia fué renovada.

En medio de estos consuelos sobrevino una grande aflicción. Clemente VIII murió, y el corazón del santo Obispo, que amaba apasionadamente á la Iglesia, que sentía sus males mas que los suyos propios, fué herido en lo mas vivo con esta noticia. Había visto de cerca á este Pontífice, y había admirado en él un gran santo y un gran Papa. Clemente VIII era en efecto uno y otro. Era un gran santo: ayunaba frecuentemente; era dulce, caritativo, generoso, mortificado hasta el punto de ejercitarse en las penitencias de los anacoretas; hombre de oración, á la que consagraba varias horas en el día; de una delicadeza de conciencia tan grande, que todas las noches se confesaba con el Cardenal Baronio; piadoso hasta el punto de decir la Misa todos los días con tanta devoción, que le hacia derramar abundantes lágrimas; y tan celoso, que oía en el tribunal de la penitencia á los que querían confesarse con él. Que fué gran Papa lo prueba su celo por la propagación del Evangelio, la sumisión de la iglesia cismática griega y la conversión de los herejes, y su firmeza en conservar los derechos de la Santa Sede, pero sin traspasarlos nunca. Además tuvo la triple gloria de reconciliar á Enrique IV con la Iglesia, mediante un proceder tan delicado, que le ganó el corazón de este monarca y la estimación de todos los franceses; de procurar la paz á la Europa con el tratado de Vervins; y de reunir el ducado de Ferrara al patrimonio de San Pedro, despues de la muerte del duque Alfonso II (2).

(1) Carlos Aug., p. 329.

(2) Triste es tener que confesar que este gran Papa no pudo defenderse del nepotismo. ¡Tan raro es encontrar un hombre que no sea hombre por algun lado!....

Pero cuanto mas precioso era para la Iglesia por sus méritos y servicios este Papa, mas se afligia el santo Obispo con su pérdida: felizmente el nombramiento de Alejandro de Médicis, que tomó el nombre de Leon XI, vino á dar algun alivio á su dolor. Le habia visto en Thonon cuando éste, revestido con el título de legado de la Santa Sede, volvía de Francia para Italia; y le habia visto además en Roma algunos años despues, y en estas dos circunstancias se habia convencido de su raro mérito.

El Papa, por su parte, habia concebido tan alta estimacion del Obispo de Ginebra, que así que se vió cabeza de la Iglesia, le inscribió en el número de aquellos que se proponia elevar próximamente al cardenalato. El santo Obispo tuvo aviso de ello por una carta de Roma, y lejos de alegrarse por ello, experimentó un profundo disgusto (1). Habiendo ido á verle el capellan del castillo de Sales: «Decid á mi madre, le dijo en el momento de su partida, que ruegue y suplique al Señor no me eleve á mas alto cargo; el que tengo es ya demasiado pesado para mis hombros (2). Yo pido á Dios, añadió (3), que aleje de mi esta dignidad, porque no la merezco. Si Su Santidad lo manda, será preciso obedecer; pero os aseguro que si dependiera de mí, y no estuviera separado mas que tres pasos del capelo de Cardenal, no movería el pié para ir á tomarlo. ¡Ojalá que mi ropa se enrojeciera con mi sangre derramada por la conversion de los herejes!»

Las lágrimas que corrian de sus ojos al pronunciar estas palabras, demostraban bien á las claras que hablaba con toda sinceridad y de la abundancia de su corazon (4). Dios no permitió que Leon XI ejecutase este designio, pues no hacia mas que un mes que ocupaba el solio pontificio, cuando fué arrebatado por la muerte; y la pompa de sus

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, part. IV, sect. IV.

(2) Carlos Aug., p. 333.—De Cambis, t. 1, p. 514.

(3) *Año Santo de la Visitacion*, 18 de abril.

(4) Carlos Aug., p. 329.—Juan de San Francisco, p. 421.—De Maupas, pág. 250.

funerales siguió de cerca á las de su coronacion. Tuvo por sucesor, bajo el nombre de Paulo V, al cardenal Borghiere, hombre eminente, que unia una elevada ciencia á una tierna piedad, una majestad de príncipe á una bondad de padre, y la mas amable dulzura á una firmeza inflexible. Este era además el protector del Obispo de Ginebra, que le habia apoyado en otro tiempo con todo su crédito para con el Soberano Pontífice, á fin de obtener la intervencion de la Santa Sede en el gran negocio de la reedificacion de las iglesias del Chablais, arruinadas ó destruidas por los herejes, y la restitution de las que aún existian. Por todos estos títulos, Francisco creyó deber dirigirle una carta de felicitacion. «Aunque ceda á todo el mundo en mérito, le escribe (1), no cedo á nadie en obediencia, fidelidad y respeto hácia Vuestra Santidad..... Esta provincia, combatida por todos lados por la tempestad, y casi destrozada por las olas y borrascas que han levantado los herejes, ha concebido de vuestra sabiduría y caridad las mayores esperanzas. Sois el corazon y el sol de todo el estado eclesiástico, por lo que no podemos dudar que esta diócesis, la mas espuesta de todas á las persecuciones de los herejes, experimente tanto mas vuestros beneficios, cuanto que debe estar mas cerca de vuestro corazon y vos mas elevado sobre ella. Por eso reverencio, con toda la alegría de mi alma, vuestra suprema dignidad; y con los ojos inclinados á la tierra, me postro humildemente á vuestros piés; y si fuera preciso levantaros un trono con los vestidos de vuestros inferiores, como nos dice la Escritura del primer trono de Jehú, volaría al punto, tendería mis vestidos bajo vuestros pasos, tocaría la trompeta y gritaría con todas mis fuerzas: ¡Reine Paulo V! ¡Viva el soberano Pontífice á quien el Señor ha ungido sobre el Israel de Dios!»

Al mismo tiempo que el Obispo de Ginebra daba estos brillantes testimonios de adhesion á la Santa Sede, seguía

(1) Carta LXXIX.

infundiendo buen espíritu y dictando sábias reglas en el gobierno de su diócesis. El miércoles de la segunda semana de Pascua tuvo un segundo sínodo, tal como lo habia establecido en el anterior. Su primer acto en esta reunion, fué renovar la publicacion de las constituciones anteriores, á las cuales algunos de sus sacerdotes se habian conformado muy imperfectamente; luego añadió nuevos estatutos, prohibiendo bajo penas severas faltar á la ley de residencia en los beneficios con cura de almas; exorcizar á los poseidos del demonio sin su permiso y fuera de la iglesia; predicar ó dejar de predicar sin una autorizacion escrita; confesarse y comulgar por la Pascua fuera de la parroquia á que se pertenece, á menos de haber obtenido el permiso del cura, el cual debe concederlo sin preguntar la causa; enagenar los bienes de las iglesias y poner pleito á los feligreses sin haber consultado con el arcipreste. En los demás artículos, prescribia celebrar solemnemente las fiestas de la dedicacion y de San Pedro Ad-víncula, patron de la catedral; autorizaba á los confesores para absolver á los que vivian con los herejes, de los pecados á que su posicion les esponia; y arreglaba las diferencias que se originaban á veces por el paño mortuorio, las luces de los funerales y el servicio de las capillas (1). Despues de estas sábias disposiciones, reanimó con sus discursos el fervor de sus sacerdotes, y los despidió llenos de un nuevo ardor, por cultivar el campo sagrado confiado á sus cuidados.

En el sínodo precedente, afligido al ver los ultrajes que los herejes de Ginebra hacian á la sagrada Eucaristía, y las blasfemias que no cesaban de vomitar contra este misterio de amor, habia prescrito el Oficio del Santísimo Sacramento para todos los jueves del año que quedaran libres. Este año quiso hacer mas aún, y estableció en Annecy la cofradía del Santísimo Sacramento, para reparar las injurias inferidas á Jesucristo en la Eucaristía; exhortó á todos los fieles á entrar en el espíritu de esta piadosa ins-

(1) Opusc., p. 380.—Carlos Aug., p. 830.

titucion; á amar cada dia mas al Dios de nuestros tabernáculos, á recibirle y visitarle á menudo en sus templos, con el fin de hacerle frecuentes reparaciones y desagravios por todos los que no le aman. De Annecy, la cofradía se extendió á Thonon y á otras varias parroquias de la diócesis, donde produjo los mas felices frutos (1).

Entretanto los ministros de Ginebra, viéndose desestimados, burlados y despreciados de todo el mundo, por la negativa que habian dado el año anterior á la proposicion de celebrar una conferencia con el Obispo, esparcieron por todas partes el rumor de que ellos aceptaban gustosos la discusion, con las condiciones propuestas por el Baron de Luz; y que si aquella no tenia lugar, al Obispo de Ginebra se debia imputar solemnemente. Al punto, cogiéndoles la palabra y no queriendo que se creyera que la religion católica retrocedia y temia ante la herejía, les dirigió la siguiente carta, escrita de su mano (2). «Con motivo de los
»rumores que han corrido sobre una conferencia en materia de religion en la ciudad de Ginebra, entre mí, asistido de algunos predicadores católicos, y los ministros de
»Ginebra, he escrito, firmado de mi mano y sellado de mi
»sello el presente papel, para declarar y proclamar que
»todas cuantas veces quieran los ministros se celebren
»con condiciones razonables estas conferencias, me dirigiré á aquella ciudad con toda prontitud y sinceridad,
»esperando en la bondad de Dios, que su nombre será glorificado para la salvacion y el bien de muchas almas,
»como se lo ruego. Dado en Annecy, el 6 de agosto de
»1605.—Firmado: *Francisco, Obispo de Ginebra.*» Al recibir este escrito, los ministros, no atreviéndose ya á rehusar directamente, recurrieron á tergiversaciones y dilaciones, y nunca llegaron á verificarlo.

(1) Dep. de Mincet.

(2) Carta LXXX.—Carlos Aug., p. 334.